



Barba Gómez, Eduardo. *El jardín del Prado. Un paseo botánico por las obras de los grandes maestros*. Madrid: Editorial Planeta, 2020.

Diana Olivares Martínez

En este número de la revista, dedicado a *Botánicas del Arte*, resultaba imprescindible centrar nuestra atención en una publicación que vio la luz en 2020, pocas semanas antes de que todos quedásemos encerrados en nuestras respectivas casas en compañía de algunas de las plantas que esta obra menciona. *El jardín del Prado* es el resultado de años de trabajo e investigación por parte de Eduardo Barba, que, pese a preferir presentarse como jardinero, también es paisajista, profesor y experto en botánica.

Quizás no se trate de un libro académico al uso y puede que sorprenda la presencia de un libro de divulgación con un planteamiento ensayístico y cierta presencia de la anécdota personal entre los títulos reseñados en una revista de investigación. Sin embargo, esta obra es precisamente un ejemplo del manido concepto de la transferencia de la investigación, dado que su autor ha sido capaz de aunar la erudición botánica y artística en una obra accesible al gran público que, a su vez, consigue sorprender también al ojo experto, ofreciendo detalles que hasta ahora habían pasado desapercibidos para muchos de nosotros.

El espíritu de la publicación queda patente en su subtítulo: *Un paseo botánico por las obras de los grandes maestros*. Y es que su lectura evoca las conversaciones que podrían fluir durante la contemplación de cada una de las cuarenta y cinco obras que se abordan en los capítulos en los que se organiza este libro si recorriésemos las salas del Museo del Prado acompañados por Eduardo Barba, que quizás podrían finalizar entrando en el vecino Real Jardín Botánico. Como en toda conversación, su contenido puede ser fluctuante y alternar entre precisos adjetivos que nos sumergen en la obra descrita, información erudita relativa a dicha obra, a su autor o su época y, por qué no, a los recuerdos y deseos que la observación nos trae a la memoria, permitiendo al lector trasladarse desde el museo a su infancia, de allí al siglo XV, para luego volver a posar la mente en los olores, colores y sensaciones de los viajes realizados, que ahora resultan tan lejanos.

Cada capítulo es un viaje independiente, dedicado a una especie botánica que se encuentra en una o varias obras del Museo del Prado, desde la borraja a la gardenia, pasando por el clavel, el limonero, el draco o el jazmín. Además, tanto las imágenes de estas importantes creaciones de Patinir, Fra Angelico, Tiziano, Memling o Fortuny, entre otros, como los delicados dibujos botánicos realizados por Juan Luis Castillo, permiten que aquellos menos familiarizados con las plantas puedan hacer una identificación certera en sus paseos futuros, bien sean por las pinacotecas, o por los jardines y parques de su ciudad. Puesto que, como bien indica el autor, citando a Linneo: “Si ignoras el nombre de las cosas, desaparece también lo que sabes de ellas”.

El criterio que llevó al autor a seleccionar estas especies y no otras es que todas ellas pueden crecer en una maceta, ubicada en una terraza, en un balcón, o en un pequeño alféizar, de modo que cualquier lector, pese al escaso tamaño de su urbanita vivienda, tenga la oportunidad de poner en práctica lo aprendido y sintonizar con esas obras de arte que, quizás, tantas veces ha contemplado sin percibir la presencia de estas pequeñas o grandes plantas. De hecho, en algunos capítulos, a modo de recetario, se incluyen algunas indicaciones para propiciar su cultivo.

Son muchos los datos de interés recogidos en este trabajo, como que la rosa y la hiedra son las especies más representadas entre todas las obras del Prado. Asimismo, aporta información relevante que permite completar incluso la lectura de estas creaciones, como ocurre con la presencia de la aguileña en *El jardín de las delicias* del Bosco, una flor azul que se utilizaba como afrodisiaco masculino, o la elección de Juan de Flandes para su *Crucifixión*, en la que decidió situar un grupo de chirivitas que tienen la punta de los pétalos de color rojizo justo debajo de la cruz, a diferencia de las que aparecen en el resto de la tabla.

Una de las principales reflexiones que se traslucen de esta obra es el infatigable deseo del propio autor por aprender, pero también la voluntad de transmitir su amor por ese aprendizaje, que en este caso se dirige tanto al ámbito artístico como al de la botánica, o más bien a la aplicación de dichos saberes, que pueden aunarse en la propia práctica de la jardinería.

¿Qué interés tiene este libro para un historiador del arte? Todo. Como señalé anteriormente, es posible que no se trate de una publicación académica con un gran aparato crítico, si bien cuenta con una notable selección bibliográfica y el requerido rigor científico en sus contenidos y expresión. No obstante, considero que su lectura es necesaria para cualquier historiador del arte puesto que, precisamente, por su finalidad divulgativa, nos permite volver a conectar con muchos de los sentimientos que nos llevaron a elegir esta profesión.

Desde el prólogo, se nos invita no solo a aprender, sino a aprender observando. Cada capítulo promueve la contemplación calmada de un pequeño detalle de una obra, la observación detenida que requiere también el estudio de la pintura. Se trata de una práctica sencilla, a la vez que posiblemente cada vez menos llevada a cabo debido al ritmo de trabajo, al día a día, incluso en los ratos de ocio en los que devoramos imágenes sin conceder unos minutos a ese deleite que promueven estas páginas y que casi tampoco practicamos en las aceleradas visitas a museos o exposiciones.

Esta falta de reflexión es uno de los males de nuestros tiempos, incluso disfrutando de nuestro trabajo, la presión y prisas académicas también nos llevan a leer artículos rápidamente, transcribir documentos o realizar trabajo de campo de manera apresurada con el deseo producir para llegar a la ansiada meta. Por todo ello, creo que *El jardín del Prado* no solo va a permitir al historiador del arte formarse en botánica e incluso cultivar en su jardín las mismas plantas que inspiraron al Bosco o aquellas que fueron escogidas por Zurbarán o Velázquez para completar sus obras, sino que su lectura pausada facilita un nuevo encuentro con la curiosidad, el interés por los detalles, el placer de la contemplación serena y la capacidad de evocación de las obras de arte que a todos nos llevó en algún momento a emprender el camino que ahora transitamos.